

HD Joven: Atentados en París. Política, equilibrio y oportunidad



Hay acontecimientos que cambian la vida de una nación. Eventos que marcan toda una generación, que serán conmemorados en los siglos venideros y que pertenecerán al patrimonio común de la Historia. Son esos eventos que obligan a miles de jóvenes a decir: "Mi país ya no es el de mi infancia."

Seguramente, los atentados en París del 13 de noviembre 2015 son parte de estos eventos. Por una parte, por su lado trágico; porque han causado numerosos muertos y heridos. También por su naturaleza insólita; porque Francia no había sufrido antes un ataque terrorista de esta magnitud. Y por su lado simbólico; porque los ataques se han dirigido a los lugares más emblemáticos de París, aquéllos en donde el corazón de ésta late más fuerte. "París es una fiesta", escribió Ernest Hemingway. Los terroristas se han dado cuenta y los parisinos lo han aprendido de primera mano.

Los ataques en París del 13 de noviembre 2015 también harán historia **por sus consecuencias políticas**, actuales o futuras, perceptibles o imperceptibles. En una era donde la reacción da lugar a la acción, donde los medios de comunicación imponen tomas de decisiones inmediatas, el tiempo para duelo y el recogimiento dan rápidamente paso a la política.

A la política nacional, en primer lugar. En la noche del viernes, el gobierno **declaró el estado de emergencia** en todo el territorio nacional, por primera vez desde 1962. En la práctica, esto significa que aumentan las persecuciones y se refuerzan los controles en las fronteras. Hoy en día existe un proyecto de ley, en discusión el Parlamento, que consiste en permitir a la policía la posibilidad de obligar a los ciudadanos a permanecer en sus casas durante un intervalo determinado de tiempo.

Esta declaración del estado de emergencia, que se ha extendido a ultramar y que se alargará por un periodo tres meses, ha sido unánime en Francia, tanto en la sociedad como en los medios de comunicación. Aunque todavía es demasiado pronto para juzgar su eficacia, sí puede juzgarse que permite al gobierno mostrar una reacción inmediata a los ataques y que constituye, con razón o sin ella, el símbolo de una acción política que, en lugar de anticipar eventos, corre tras ellos.

El Presidente de la República ha **propuesto igualmente una reforma de la Constitución de 1958**. El objetivo es otorgar más poder al Estado en su lucha contra el terrorismo. Sin embargo, las **leyes francesas ya prevén formas de prevenir y combatir el terrorismo**. La justicia tiene suficiente arsenal jurídico y la policía puede intervenir de manera efectiva, a base de aplicar medidas represivas adoptadas por el Parlamento, y no de tomar la decisión de reducir sus efectivos.

La política internacional también está en ebullición. **Francia ha decidido intensificar sus ataques contra el estado islámico** e incluso ha resuelto establecer una cooperación militar con Rusia. Los bombardeos de los franceses han acaparado toda la atención mediática internacional; sin embargo, al no estar acompañados de una intervención militar terrestre, lo cierto es que su **eficacia es verdaderamente limitada**.

Todo se ha dicho ya acerca de la necesidad o el peligro de una intervención armada en Siria e Irak, y nadie puede pretender estar en posesión la verdad y de la solución ideal. **Francia está tratando de mantener un equilibrio**, a medio camino entre una acción directa y frontal como la llevada a cabo por los EE.UU. en Irak en 2003, por un lado, considerado por todos como un fracaso, y la abstención total, por otro, también percibida como potencialmente criminal.

Pero ninguna de estas decisiones es sorprendente. Tomados en conjunto, refuerzan la sensación de una acción política predecible, expectante, perjudicada por la incapacidad de superar los acontecimientos. Los propios terroristas lo saben: gobernar ya no se prevenir; gobernar es reaccionar, y sobre todo en los medios de comunicación.

Más allá de los ministerios y del gobierno, el propio pueblo francés se somete a sí mismo a reacción. La solidaridad, la fraternidad y la unidad nacional, manifestadas el día después de los atentados en París, en Francia y en el mundo, son una señal de la creciente conciencia de la fragilidad de nuestro estilo de vida, así como de la suerte de haberlas podido heredar.

Los ataques han provocado una sensación de miedo que ha ido más allá del miedo primario, que nos ha expuesto ante el mismo peligro y la inseguridad. Nos han creado la ansiedad de ver nuestro estilo y nuestra forma de vida perpetuamente amenazados. La angustia de un choque de civilizaciones que no se atreve a decir su nombre, y que quizás ha comenzado hace mucho tiempo. Cuando se producen este tipo de ataques, es fácil, casi instintivo, pensar que la democracia ya no nos protege y que lo único que tiene de universal sus valores es su nombre. Y es difícil y doloroso darse cuenta de que en otros lugares del planeta existe otro sistema de valores, junto con otros modelos y otros ideales.

Más que un momento al drama, el pasado viernes 13 de noviembre ha sido **una oportunidad para pensar** sobre las causas y orígenes de esta barbarie, que nunca desaparecerán y que pueden atacarnos en cualquier lugar. Mientras una parte de la juventud, por pequeña que sea, decidió unirse al Estado Islámico y matar, es preciso preguntarse acerca de la quiebra de una organización social que ya no puede protegerse a sí misma.

Ante el estado islámico, ante el deseo de reemplazar a un sistema de valores por otro, el resistir tiene que adoptar nuevas formas. En un sistema que está luchando por identificar sus propias responsabilidades, la educación y la cultura deben estar al servicio de un objetivo social común, que no es sino el de mantenerse alejado de los excesos y las ideologías mortíferas. El tiempo dirá si algún día alcanzaremos tal objetivo.